

A LA LECTURA POR LA ESCRITURA: EXPERIENCIA EN EL AULA

INTRODUCCIÓN

Por encima del maremagnum de leyes y sistemas educativos que como un tsunami devastador ha inundado de aspectos legales la realidad docente de las aulas, del día a día, hay algo que sobrevive en la prioridad de quienes nos dedicamos al mundo de la enseñanza y que no es otra cosa que conseguir que la lectura, el hábito de la lectura, no desaparezca de nuestros alumnos; antes al contrario, nuestro deseo es que crezca y perviva como una actividad que ya no se olvide ni se deje de practicar, porque formando lectores, entre otras cosas, conseguiremos alumnos con autonomía para los posteriores aprendizajes. Y la tarea no es fácil y el objetivo cada vez más difícil de conseguir. La tarea no es fácil porque al desánimo de quienes tienen que llevarlo a cabo – me refiero a los discentes, aunque mucho de esto se ha instalado entre los propios profesores –, se suma la falta de colaboración y corresponsabilidad, – no siempre por desinterés, aunque, en ocasiones, también, sino por falta de tiempo, (el mundo de las prisas en el que vivimos y la constatación sociológica de la incorporación de la mujer al mundo laboral lo atestiguan), así como la falta de comunicación y de verdadera convivencia en el seno de las familias -sin importar del tipo que éstas sean–, y, por qué no decirlo también, el desconocimiento para enfrentarse al problema – de quienes forman, sin duda, la otra cara de la educación: los padres.

Es cierto que, como dijo Américo Castro “*nadie aprendió a andar en bicicleta leyendo tratados de mecánica*” y, por tanto, lo evidente, debe imponerse en esta cuestión. Y lo evidente lo expresó de forma incontestable Pedro Salinas:

“No hay tratamiento más serio y radical que la restauración del aprendizaje del buen leer en la escuela. El cual se logra no por misteriosas ni complicadas reglas técnicas sino poniendo al escolar en contacto con los mejores profesores de lectura: los buenos libros. El maestro, en esto de la lectura, ha de ser fiel y convencido mediador entre el estudiante y el texto, porque todo texto lleva su secreto consigo, dentro de él, no fuera como algunos creen, y sólo se lo encuentra adentrándose en él y no andando por las ramas. Se aprende a leer leyendo buenas lecturas”¹

Dos aspectos sobre la cita de Salinas:

– El primero es que, dada la apatía que rige a la mayoría de los estudiantes para “instalarse en la lectura”, yo diría que leer es el objetivo, y que, mientras lean, estaremos en el camino. Si además, lo hacen con “buenos libros”, – estén éstos al principio o al final del proceso –, sería magnífico. Y lo decimos desde la experiencia de que, a algunas de las madres o padres que han venido a hablar con nosotros para informarse sobre cómo van sus hijos en los estudios, les hemos recomendado que aunque sean revistas de co-

¹ Salinas, Pedro: *El Defensor*; Madrid. Alianza, 1993. (Pág. 170).

ches, deportes, motos... o cualquiera de las aficiones que puedan tener, que lean, que se inicien para conseguir un cierto hábito. ¡Es importante que la lectura, – sea para informarse o se origine en el puro placer de leer –, debe calar al lector! Después, ir introduciendo otras cosas – “los buenos libros” –, será conveniente y necesario, para que no devengan en *iletrados*, termino éste que, a juicio de Silvia Castrillón designa “*la incapacidad social de quien, a pesar de haber sido alfabetizado en la escuela, no puede hacer uso del texto escrito para fines que tienen que ver con su participación en la cultura escrita*”².

– El segundo aspecto que queremos resaltar de las palabras de Salinas es que, desde que él las pronunciara, mucho ha cambiado la sociedad en la que vivimos y muchos han sido los adelantos en el mundo de las “nuevas tecnologías”, cambios éstos que se han convertido en “obstáculos” para el mundo de la docencia. Muchos son los competidores con los que se enfrenta el libro, ya sean en el mundo de la música, el cine y los medios audiovisuales en general, Internet con sus redes sociales ahora y el msn antes, o ambos a la vez, o los propios videojuegos, que nos hacen asistir a lo que algunos llaman la “desinstitucionalización de la lectura” (Reconvertirlos en aliados no es ninguna panacea, aunque hacer un uso correcto de los mismos pueda ser beneficioso. Y nunca han de sustituir a la necesaria labor de la lecto-escritura). Y, por ende, muchos tienen que ser los intentos que, los que nos enfrentamos cada día con este problema, hemos debido poner en marcha, inventar, para conseguir contrarrestar el empuje de tanta corriente adversa.

Es difícil hacernos comprender y que nuestros alumnos nos comprendan, pero, lo primero que intentamos hacerles ver, es que, frente a la mayor pasividad por parte del usuario que requieren los adelantos anteriores, la lectura necesita de la reflexión, de la actitud activa de quien se coloca delante de un libro, que debe ser capaz de sacar conclusiones por sí mismo y de pensar. ¡Quizás es una actividad más “costosa”, pero que nos hace más libres e independientes!

No es fácil, desde luego, y, por eso mismo, hemos de seguir aportando propuestas. La que nosotros desarrollamos es una más. Quizá posea de novedosa el hecho de que lo hagamos a través de la escritura y, así, consigamos atender a dos necesidades que nuestros estudiantes deben practicar, por aquello que, con otras palabras, apuntaba Américo Castro más arriba, y que no es otra cosa que “aprender a leer y escribir se aprende leyendo y escribiendo”. ¡Y no hay más fórmula mágica que ésta!

DESCRIPCIÓN DE LA ACTIVIDAD

Es necesario, antes que nada, contextualizar dónde y con quiénes se ha llevado a cabo, para que, entre otras cosas, se tenga en cuenta que, aunque pudieran extraerse conclusiones generales, no hay dos institutos iguales ni, por supuesto, los alumnos tienen las mismas inquietudes. La experiencia la he llevado a cabo en el IES Poeta Julián Andúgar de Santomera, un instituto público de la Comunidad Autónoma de Murcia, durante el curso 08/09, concretamente entre los meses de octubre y abril, y con alumnos de primero – 1º F y 1º G – y segundo de la ESO – 2º G –. Los tres grupos están adscritos a los programas

² Astrillón, Silvia. “La animación a la lectura: mucho ruido y pocas nueces” en [La educación lectora](#). Papeles de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez. Madrid, 2001. (Pág. 28)

de enseñanza bilingüe³, - de inglés, en este caso -, y constituidos por 30 alumnos.

Una vez que les presenté las lecturas que teníamos que realizar en cada trimestre y explicada la forma sobre cómo las llevaríamos a cabo – de las cuatro horas semanales, dedicamos una a la lectura en clase –, les propuse que también nosotros nos podíamos convertir en escritores. Ya lo eran en el día a día, realizando las tareas que los profesores les solicitamos. Pero yo les pedía que se convirtieran en “escritores de creación literaria”, que fueran capaces de inventar – ¡qué de mundos abre esta casi mágica palabra, y qué de miedos! – un relato, una historia. Y no iba a ser una historia cualquiera, sino que tenía que convertirse en **un relato coral a treinta voces**. Como la dificultad de que cogieran tan comprometido guante iba a ser alta, traté de no forzar en exceso y, deliberadamente, dejé que surgiera la curiosidad, después de haberles provocado, diciéndoles que ellos eran demasiado pequeños y que eso sólo lo había conseguido con “cursos mayores”. Mientras tanto, habíamos iniciado la lectura del libro del trimestre. El jueves era el día acordado y, además, les empecé a hablar de “microrrelatos” y a leerles algunos de ellos. Pensé que la extensión, la brevedad, podía ser un buen aliado, a pesar de la escondida dificultad que tiene crear una historia de, pongamos por caso, cien palabras. Y les volví a retar. ¿Acaso

no vais a ser capaces de escribir dos o tres renglones? ¡Que no quiero folios enteros, que acaba de empezar el curso y no tengo ganas de corregir! – les dije –. Incluso les amenacé: ¡no admitiría aquéllos que se alargaran más de lo que había pedido! La red estaba echada y el cebo de la prohibición y de la provocación colocado en el anzuelo. Al poco tiempo llegaron las primeras “creaciones”, siempre de forma oculta del resto de los compañeros y, en ocasiones, en pedacitos de papel recortados sin tijeras y de manera irregular. Entré al juego y admití la descuidada presentación y el misterio. Misterio que me permitía mentir y afirmar que ya tenía bastantes “microrrelatos” y que pocos eran los que aún no me habían presentado ninguno. Con el tiempo di un paso más, y – mientras yo seguía leyéndoles ejemplos, (algunos míos, del profesor, para que ellos vieran que yo era una más de los participantes) – aquello que fue algo voluntario, se convirtió en obligatorio, y puse una fecha para que todos presentaran su primer microrrelato. Llegaron las esperadas protestas – algunas de ellas justificadas en sus alegaciones, “es que a mí no se me ocurre nada y no nos puedes pedir que inventemos buenas historias”, (a pesar de todo lo que aún no han aprendido, es innegable que tienen una intuición de lo que pueden ser “buenas historias”, es decir, de lo que puede ser “literario” frente a lo que no lo es) –, pero inservibles para los propósitos de su queja, pues yo era consciente de que no podía valorar negativamente a aquel alumno que “tuviera poca imaginación”, pero sí que lo haría de aquel que no me escribiera algo, y me daba igual que, incluso tuviera poco sentido, poca coherencia narrativa o escaso “valor literario”. ¿Hay alguien incapaz de escribir los tres renglones que pido? Los “siesques” saltaban de mesa en mesa, pero, finalmente y aunque algunos no entregaron nada, el plazo llegó y los microrrelatos con él. Algunos los leí después en clase, procurando no decir el nombre de su autor. Estas lecturas, escogidas entre las que consideraba mejores, me permitieron hacer algunas precisiones. Los alumnos me

³ En el IES Poeta Julián Andúgar existían en ese curso siete grupos en primero de la ESO y otros tantos en segundo. De ellos, dos de los grupos de cada nivel, pertenecían al Programa Bilingüe. Hago esta precisión para caracterizar a los cursos, pues si bien existe la heterogeneidad propia de cualquier agrupamiento, en éstos hay una cierta predisposición al “trabajo extra” – como demuestra el hecho que impartan dos horas lectivas semanales más que sus compañeros de nivel –, un mejor comportamiento en el aula y una colaboración mayor por parte de los padres, que redundan en unos resultados que, tal y como expresan los informes por evaluaciones de Jefatura de Estudios –, sobresalen por encima de la media.

escribían “historias cortas”, en la mayoría de los casos, con finales abiertos, pero la especial magia narrativa de lo que supone el microrrelato no llegaba a transmitírsela. Les hablaba del final sugerente, de la historia ya no abierta, sino sin cerrar que debía tener, de la sugerencia más que de la confirmación que debía ser la lectura, de la necesidad del papel activo del receptor, que se convertía en el último “creador”... E incluso les leí algunos rasgos teóricos que recogían los caracteres sobre qué era este “subgénero literario”⁴. Y empecé a recopilar los primeros frutos. (A pesar de la poca participación inicial, a algunos alumnos que se atrevían a entregar más de uno, les tuve que, muy sutilmente, rechazar algunos ejemplos, pues habían encontrado un modelo “no correcto” que repetían con ligeras variantes en el nombre de los personajes u otros mínimos cambios. Digo lo de sutilmente, porque siempre hay que valorar positivamente cualquier aportación por pequeña y “mala” que sea).

Después llegaron otras fechas, otros plazos. Seguían sin participar algunos alumnos. No quería que se entendiera como algo obligatorio,

para que la parte lúdica no desapareciera, pero, a la vez, no podía consentir que unos se atrevieran y lo intentaran y otros ni siquiera probaran. Deje pasar el tiempo. Mientras, las clases de los jueves comenzaban con la lectura de sus microrrelatos, que yo alababa. Cuanto menos, valoraba el esfuerzo y me servía para criticar y “amenazar” a los que no hubieran hecho nada: ¡tendréis que entregar algún microrrelato o, como una actividad más de clase que es, influiré en la nota! Ni siquiera mencionaba cuánto ni porcentajes o puntos concretos, pero surgieron más aportaciones. ¡Todavía no de todos, pero había más!

Ya estaba preparado el camino para el asalto, que era mi propuesta inicial. Ahora me serví de los métodos de los concursos televisivos e incluso de internet y del correo electrónico. En los tres cursos planteé lo mismo. Se abren las líneas para que presentéis un comienzo de una posible historia. La longitud debe ser la misma que la de los microrrelatos que estáis haciendo, pero, el propósito, distinto. ¡Debe ser un comienzo que será semana a semana, por lo que no tiene que tener un final! Les di mi correo electrónico y, para los que no tuvieran ordenador en casa, – pocos –, o los que no contaran con conexión a internet, podían entregármelo por medio del papel. ¡Nuevas protestas y pataleos, pero fijé una fecha! Desde ya, se “abrían las líneas” para participar en el concurso. El ganador iba a tener el honor de que su historia fuera el mismo comienzo de las diferentes historias que haríamos en cada curso. A pesar de que a menudo iba recordando que el día de entrega se acercaba, ¡sólo conté con tres ejemplos cuando las líneas se cerraron! Me desanimé, porque si esto era el comienzo y la colaboración era tan exigua, creía no poder conseguir nada. Les mostré mi enfado, pero les volví a mentir: “A pesar de que ha habido bastantes aportaciones, creo que no os estáis tomando esta actividad en serio, que no estáis poniendo de vuestra parte para buscar algo original” – les dije. La mentira podía servir para que

⁴ Les leí, por ejemplo, el “Decálogo para escribir microcuentos” de la Escuela de Escritores de la Cadena Ser y les indiqué una página web: <http://www.escueladeescritores.com/concurso-cadena-ser#decalogo> o algunos de los relatos ganadores o de los finalistas del concurso digital del periódico El Mundo en sus distintas ediciones www.elmundo.es/elmundolibro/microrrelatos/historico.html; les cité algunos libros que recogían antologías de microrrelatos, por si alguien buscaba o se interesaba más allá: “La mano de la hormiga”(Antonio Fernández Ferrer). Fugaz, 1990; “Quince líneas”.Tusquets, 1997; “[Dos veces cuento](#)”(Jose Luis González). EIUUSA, 1998. “Relatos vertiginosos. Antología de cuentos mínimos”. Alfaguara, México, 2000; los remití también a la página web de Raúl Brasca, [La pluma y el escapelo, webs.uolsinectis.com.ar/rbrasca/](http://La_pluma_y_el_escapelo.webs.uolsinectis.com.ar/rbrasca/) para que siguieran investigando en el mundo del microrrelato, a partir de un autor estudioso y especialista del tema.

cada uno de ellos pensara que era de los pocos que no estaban participando, porque yo nunca decía quiénes eran los que lo hacían.

En mi papel de notario y juez del concurso, daba fe de los participantes – ¡perdón a los notarios por descalificar la esencia de su profesión; la mentira tenía que ser mi aliada, al menos en esta etapa inicial! – y elegía al ganador. Sólo en esta ocasión dije el nombre; después, en las sucesivas continuaciones, traté de ocultarlo, pues contaba con el secreto del mismo para que todos se creyeran iguales, que no ganaba la chica o el chico que lo ganaba todo, y con las mismas oportunidades. Ese comienzo no pintaba mal y, pese al halo de tristeza que podía contener, la historia parecía lo suficientemente abierta y sugerente cómo para permitir su continuación y, además, contenía algunos de los elementos claves del género narrativo, elementos de los que de yo les estaba hablando a propósito, tanto en las clases teóricas de lengua, como en las clases de los jueves, en las clases prácticas de lectura. El comienzo de nuestras historias era el siguiente:

Un niño llamado Pepe estaba durmiendo y se despertó. Se dio cuenta de que estaba nevando, que estaba en navidad, que hacía un año que su padre murió.

Sin llegar a serlo, pero la influencia de los microrrelatos se dejaba notar en este comienzo. Probablemente, Monterroso, oculto su famoso dinosaurio, que yo, naturalmente, les había presentado como “el cuento corto más famoso de la historia de la literatura”, también asomó en nuestro juego. ¿Ustedes que opinan? Sea como fuere y si la influencia estaba, bienvenida, pues qué de malo hay en aprender de los maestros y verse “inspirado” por ellos.

A partir de ahora comenzaba lo duro, tanto para ellos como para mí. Para ellos porque seguían con sus “perosiesques” y lamentaciones – ¡mandas muchos deberes, te crees que sólo está tu asignatura...– y para mí, que ojalá me viera desbordado cada semana con las entregas de mis aprendices de escritores. Cada periodo de tiempo –al principio era semanal; después quincenal, y, finalmente, cuando la historia se complicaba –la del propio relato o la de mis “plumillas”, pues se acercaban exámenes u otros “días difíciles”, accedía a prolongar lo necesario – se volverían a abrir los plazos de entrega, y, ya fuera utilizando el correo o entregándomelo en papel el último día de la semana, había que cumplirlos. (Además, las continuaciones de la historia convivían y coincidían con aportaciones de nuevos microrrelatos. De éstos no era tan exhaustivo para controlar su entrega, pero seguían llegando. Incluso, aproveché el día de San Valentín para conseguir una nueva aportación). Se volvía a repetir lo de los míseros papeles mal recortado y la poca atención en la presentación. A la par de ello, estaba la ortografía, tanto discursiva como gráfica. Y esa era mi tarea, pues mis “findes” eran de auténtica corrección y “pasar a limpio”. En esta tarea, traté de no desvirtuar la intención del original; sólo la expresión. ¡Las ideas y el contenido eran de sus autores! Creé archivos de Word en los que guardaba cada una de las continuaciones de cada uno de mis alumnos. Y, después, tenía que elegir la historia que serviría para continuar la anterior y así sucesivamente. Esa la marcaba en negrita y se la dictaba a mis alumnos el lunes siguiente. 2º G fue el curso que antes logró tener una historia acabada. ¡A finales de febrero! Fueron once entregas. Pero en la última lo tuve tan difícil, que no elegí un único final, sino que eran válidos casi todos ellos. Y así la “historia coral a treinta voces” se convirtió en “una historia coral a treinta voces con catorce finales diferentes”, para que el lector, el último escritor, eligiera la que más le gustara. (Después desarrollaremos este punto y

otras cuestiones, cuando hagamos mención individualizada de cada curso). La historia de 1º F se construyó con catorce continuaciones – la última se cerró el plazo cercano el Día del Libro-. La de 1º G todavía necesitó de una aportación más, quince, cerrando a mediados de mayo.

El camino fue dificultoso y no exento de desánimos por parte de los escritores, sobre todo cuando no sabían cómo seguir, y también por abandonos o no participaciones que me vi obligado a atajar. Es verdad que había un cierto grado de voluntariedad, pero tuve que ponerme serio. Conforme avanzaba la historia, se quedaban alumnos “morosos” sin participar. Al principio y pese a que eran aportaciones “atrasadas” las que me “debían” y que ya no servirían para modificar el avance de la historia, yo les exigía su entrega al comienzo de las clases en las que hacíamos esta actividad. (Algunos, cuando yo les reclamaba que tenían “historias pendientes”, me pedían que yo les dijera qué continuación era. Me negaba y les decía que así como yo llevaba el control de todos ellos, que ellos fueran capaces de llevar su propio control de lo que me entregaban a mí). Al final, expuse en el tablón la lista de todos aquellos a los que les faltaba alguna continuación. El carácter voluntario, que no era tal, no podía permitir que unos trabajaran y otros no. Con excepciones, casi todos entregaron todo, aunque algunos, como digo, sin seguir el ritmo general que les permitía poder participar realmente en la construcción del relato.

Dadas las dimensiones de la totalidad del trabajo y la imposibilidad de reproducir aquí los más de cuatrocientos folios que comprende esta experiencia de animación lectora, que hemos contado de forma sucinta, y que parodiando la máxima latina del original francés del Discurso del método, “Je pense, donc je suis”,

nosotros denominamos “scribo, ergo lego”, para significar esa vuelta de tuerca “descartiana” que pretendíamos, tan solo podemos mostrar parte de los resultados finales, ya sea una selección de microrrelatos o el resultado final –nunca el interesante proceso de creación- de una de las historias, la de 2º G.

Es cierto que terminamos cansados, aunque, a pesar de haber podido disfrutar con la actividad, no podía ser de otra forma: todo trabajo cansa; el intelectual, también. Sin entrar a valorar la calidad literaria, – no es ese el fin primordial –, acabamos nuestra historia, que quedó sin un título consensuado por todos, por lo que a todas ellas las denominamos “*La historia de Pepe*”.

RESULTADO FINAL DE LA EXPERIENCIA REALIZADA

a) Selección de microrrelatos

AUTOR	MICRORRELATO
Adrián Sánchez Almería	<u>El empujón.</u> La última carcajada de mi difunto amigo aún me estremece y protagoniza mis peores pesadillas. Si lo sé, no lo empujo.
Isabel Sánchez Salmerón	Juan era un niño muy vago. Nunca hacía los deberes y todos los profesores se enfadaban con él. Los maestros ya no sabían qué hacer para que el niño cambiara. Lo habían intentado casi todo, pero nada funcionaba. Un día, uno de ellos se dio cuenta de que había una cosa que no habían probado y decidieron llevarla a cabo. Desde aquel día todo cambió.
Jesús Rodríguez	<u>La leyenda</u> Un niño llamado Jesús tenía pesadillas por las noches. Estaba cansado

Castellón	de tenerlas. Se documentó sobre métodos para poder librarse de ellas. Navegando por Internet, vio una leyenda, que decía: <i>"aquel que tenga pesadillas, se tendrá que poner por la noche, antes de ir a dormir, una cabeza de ajos en la mesita de la habitación"</i> . Jesús quería comprobar si eso era cierto. Al día siguiente, la puso en práctica. Cuando despertó, se dio cuenta de que la historia funcionaba y nunca más tuvo pesadillas.
Rosa María Campillo Carrión	A tan solo tres escalones de la entrada a la mansión, Fermín se dio cuenta de que no llevaba su moneda de la suerte, pero, era tal el miedo que tenía que no le dejaba retroceder, por lo que se armó de valor y llamó a la puerta.
Manuel Sánchez Fresneda	<u>El vengativo senderista</u> Érase una vez un señor mayor que se llamaba Roberto, al que le gustaba hacer senderismo. Un día en Sierra Nevada se encontró con un "amigo" al que había abandonado, humillado y maltratado hacía muchísimo tiempo. Roberto creía que Ramón, que así se llamaba el otro hombre, se le iba a abalanzar encima por haber hecho semejante cosa. Ramón no lo hizo. Habló con Roberto y juntos siguieron el camino hacia el pico de la montaña. Cuando llegaron a un puente viejo, Ramón le cedió el turno a Roberto. Al llegar al final, Ramón sacó una navaja de su mochila y cortó la cuerda. Roberto murió en el acto.
Rosana Espín	Una tarde nubosa y oscura Juan y Pablo jugaban en la calle. Vieron una sombra y alguien les chistó. Creyeron que era su vecino, que siempre les hacía bromas. Pero esta vez no era él, así que fueron a ver quién era. De pronto apareció nuevamente aquella extraña sombra...

Adrián Sánchez Almería	<u>Un amor secreto</u> Al verte mi corazón estalló de amor igual que un volcán. El magma de mi pensamiento duda y, a partir de ese momento, me planteo dos cosas: si acercarme y declararte mi amor o seguir deseándote en la oscuridad.
Sergio Garre Nicolás	Cuando quise hacerlo, ya no pude. Era demasiado tarde. Nunca más tendría una oportunidad así.
Alba Soto Ruiz	Eran las siete de la mañana y aún faltaban quince minutos para que sonara el despertador. Pensé que podría disfrutar de ese tiempo retozando en la cama, pero unos ruidos en la puerta de la entrada hicieron que me levantara. Me puse la bata y salí para ver la procedencia de los ruidos. Al abrir la puerta, dos policías. Me llevaron a los juzgados, me metieron en la sala de los acusados y el juez dijo: -Eres la culpable de la contaminación en el mundo. Yo te condeno a la silla eléctrica. No entendía por qué me culpaba y, cuando iba a preguntárselo, el juez dijo... Bip, bip, bip. Era el despertador. ¡Tuve una pesadilla!
Leticia Ruiz Carrión	Esa mañana no debí hacer eso. No debí decírselo. Él estaba feliz y yo no lo traté bien.
Marina González Perea	<u>Palabras raras</u> Una mañana, al levantarme un poco inspirada, pensé que yo de mayor quería ser "cono".
Raúl Merino Párraga	Era un fin de semana de un verano caluroso. También en la misma universidad donde Carlos comenzaba sus prácticas académicas. Sólo le quedaba ese año para terminar los estudios de medicina. Los dos días que tenía por delante se le

	<p>presentaban largos y duros: ¡era su turno de guardia!</p> <p>Una vez solo, después de la marcha de sus compañeros, Carlos, tras cenar, se fue a su cuarto. Justo a la medianoche, sonó el timbre del panel luminoso situado en su habitación. Se sobresaltó. Éste indicaba que debía dirigirse al semisótano. Una vez estuvo allí, no observó nada anormal. Carlos continuó repasando unos apuntes. Al cabo de un buen rato volvió a sonar e iluminarse el panel. Era la una de la madrugada en punto. Carlos se sobresaltó doblemente. Cuando se dirigió al lugar, no observó nada extraño. Carlos ya no apartaba la vista del panel luminoso de su habitación, esperando que volviese a sonar. Nuevamente a las dos ocurrió lo esperado...</p> <p>Carlos no tendría más fines de semana que cubrir: enloqueció.</p>
Marta Cascales Muñoz	<p>Mi gato Félix es muy travieso y revoltoso. Hace muchas fechorías como ésta. Paseándolo un día, se subió al árbol de un parque. No me hacía caso y le dije a un hombre que pasaba por allí:</p> <p>- Señor, ¿puede ayudarme a coger mi gato?</p> <p>Éste se trajo una escalera para cogerlo; no pudo. Ocurrió igual con la policía (que no pudo rescatarlo). Llamé a los bomberos y no lo consiguieron coger. Entonces tomé la escalera y lo llamé desde arriba.</p>
Marta Abellán Galindo	<p>Cuando Adriana despertó, se percató de que no estaba Ginés a su lado en la cama. En ese mismo instante le vino a la memoria que era la misma escena de su sueño. Bajó las escaleras muy asustada y volvió a ver lo mismo que en el sueño: en el</p>

	<p>comedor no estaba ni Lorena, ni Noelia, sus hijas. Cogió el coche y condujo hacia el kilómetro veintiuno, oeste. Recordó la imagen y caminó rápidamente hacia el final de la senda de los pinos. Allí se lo encontró. Se había hecho realidad su pesadilla.</p>
Adrián Sánchez Almería	<p><u>Fin</u></p> <p>Subía solo en el ascensor. Se paró en medio de dos pisos. Entonces escuché una carcajada en mi espalda...</p>
Adrián Sánchez Almería	<p><u>Fatal</u></p> <p>¿Que cómo se provoca terror a carcajadas? Pues no sé. ¿Con naturalidad? Firmado: un fantasma.</p>
Francisco González Soto	<p>El chico seguía mirándola, sin inmurtarse. Parecía como si estuviera encantado. La gente pasaba por su lado y no decía nada. ¡Era como si yo fuera el único que podía verlo! De repente, pareció que se hubiera cansado de mirarla y se dio la vuelta justo para mi dirección. Después de un rato sin moverse, decidí venir hacia mí y, cuando estuvo justo delante de mi cara, me di cuenta de que no podía avanzar más, porque simplemente todo había sido el reflejo del escaparate de la tienda de delante, aunque me quedé sin saber qué era lo que miraba, porque, a pesar de que era mi reflejo, no miraba lo mismo que yo.</p>
Juan Luis Palazón Nicolás	<p>Era muy feo. Todos se reían de él; hasta su propia familia. Un día fue a un programa de televisión y se hizo un cambio radical. ¡Su familia, también!</p>
Adrián Sánchez Almería	<p><u>Miradas de amor</u></p> <p>La lluvia nos caía por el cuerpo pero a nosotros nos dio igual. Cuando nuestras miradas se juntaron, nuestros corazones se fundieron en uno. Nuestro amor floreció y así la pri-</p>

	mavera descansó por un tiempo.
Marisol Martínez Herrero	Era una tarde fría y muy triste. Clara estaba desconsolada. De pronto, oyó ruidos muy extraños en la cocina. Fue a mirar qué era y se asustó.
Andrea Verdú Cascales	- ¿Por qué el sol brilla más que la luna- preguntó el niño astronauta- si se ve mejor con todo oscuro que iluminado? - Porque el sol emite luz propia y la luna, no. Y al despertar la mañana siguiente, el sol se había apagado.
Francisco González Soto	Había llegado la Navidad. Todo a mi alrededor estaba decorado como manda esta época del año: niños que llaman a las puertas de casas cantando villancicos y las tiendas de juguetes a reventar... ¡Todo parecía perfecto! Cuando a la mañana siguiente de aquel día me levanté, había soñado que en el árbol de Navidad estaban todos los regalos que había pedido, pero al llegar allí, cogiendo el primer regalo...sonó el despertador. ¿Había sido todo un sueño? No lo sabría hasta que no viera a alguien de mi familia, pero... no aparecía nadie... ¿Qué pasaría?
Sergio Garre Nicolás	<u>Injusticias medievales.</u> Tras agredir fuertemente a aquella joven, un gran castigo tuvo que pagar, aunque aquel campesino se fuera a juicio del señor feudal. La muerte, la muerte, ¿de verdad es un gran castigo, o sólo una solución rápida? y ¿qué le pasará ahora al pobre campesino que, por defender una muerte, causó dos y ahora tal vez sean tres?
Adrián Sánchez Almería	<u>La mayor desgracia posible en Navidad</u> Rudolph cayó. El trineo se rompió. Santa Claus murió

	y la Señora Claus se entristeció.
Adrián Sánchez Almería	<u>Santa Claus y la denuncia</u> Y Santa Claus le dijo a la Señora Claus: -¡Malditos Reyes Magos! Si no fuera por el topazo que me dieron el año pasado, podría repartir este año los regalos. Y la Señora Claus le respondió: - No pasa nada, cariño. ¡Con la denuncia que le vamos a poner se les va a caer el pelo, los dientes y todo!
Rosana Espín	Aquel veinte de enero era un día de mucho frío y lluvia. Mirando por la ventana, vi una pequeña tortuga en el balcón, debajo de una gran planta. Pegué un enorme grito. Mi madre se asustó. Cuando se acercó donde yo estaba, se partía de la risa. ¡Era una de sus bromas!
Loreto Cano	<u>Mi vida en un huevo frito</u> Un día quise hacer de comer, pero cuando lo intenté, aquella grasienta sartén cayó al suelo y vi mi vida reflejada en el huevo frito que se mezcló con el polvo.
Loreto Cano	Caminaba mientras llovía y saltaba entre los charcos que quedaban ahogados en el suelo, sintiendo que, cuando llegara a casa, me esperarían unos buenos gritos de mi añorada madre.
Loreto Cano	¡Vi cómo navegaban olvidos en las lágrimas caídas de mis ojos!
Leticia Ruiz Carrión	Por fuera no se nota, pero, por dentro, acapara todo el cuerpo. Una se siente sola, nerviosa, insegura...
Loreto Cano	* No quieras saber lo que sé o, cada mañana, cuando despiertes, el cruel despertador atormentará tu mente. * Te busqué. Bajo las piedras, bajo la suela de los zapatos, bajo las sábanas de mi cama... Pero no estabas. ¿Por qué no aparecías?

**A LA LECTURA POR LA ESCRITURA:
EXPERIENCIA EN EL AULA**

	<p>* ¡Con lo dañino que eres y el bien que me haces, amor!</p> <p>* Y es que, esta vez, al tercer y último intento, te conseguí. ¡Eres mío! Conseguí poder besar tus labios. El sufrimiento lo encontré en mí cuando me enteré que tenía que compartirlos.</p>
Miriam Pallarés Quesada	Cuando fui a ver cómo estaba, lo encontré triste. Sólo con asomarme a sus ojos, divisé aquel inmenso territorio en el que estuve viviendo un tiempo.
Noelia Espín Dols	Triste y sola, se adentró en la niebla, contemplada por las olas del mar.
Laura Gómez Carrillo	Estaba en el jardín, cuando vi una rosa que me encantó por su color rojo. Era deslumbrante. La corté y la puse en un jarrón del salón de mi alma.
Elena Campillo Antón	<u>El cazador de almas</u> El libro se cerró y cuando se dio cuenta ya no pudo escapar.
Elena Campillo Antón	<u>Más allá del paralelo 42</u> No dejaba de mirar a mi alrededor y de repente ¡BOOM! Ya no quedaba nada.
Reme Yagües Bautista	Se despertó y vio en sus ojos un mar eterno lleno de vida y un charco entristecido. Olió las flores y descubrió una fragancia nueva, que le hizo coger el teléfono y llamar a la felicidad.
Daniela Viveros Carlosama	Mucha gente suele emigrar por motivos de dinero, hambre, pobreza o inseguridad. Nuestra familia se vino aquí porque en nuestro país hay mucha pobreza y no hay trabajo. ¡La vida mejor es posible que llegue!

Guillermo González Alcaraz	Estaba un pastor tumbado sobre el tronco de un árbol. Notaba la brisa sobre su rostro, mientras oía las ranas croar y los pájaros piar.
Elena Campillo Antón	Hacía tan bien el muerto, que ni le latía el corazón.
Sofía Carmona Cámara	La calle estaba desierta, abandonada. Sólo se podía distinguir un gran arco iris a lo lejos. No se apreciaban varias partes de él por la posición de algunas nubes que entorpecían su visión. Me dirigí al quiosco a comprar el periódico, como había hecho cada mañana desde hacía años. Después, seguí un camino distinto al de cada día, esperando las aventuras que acechaba la vida.
Maite Cervera Jiménez	Querido diario: ¡Juanín y Shiany han muerto!
Trini Carrillo Soto	– ¿Que por qué me voy? Porque no lo soporto más. Lo he hecho en un arranque de rabia, pero no me arrepiento. No voy a hacer lo que la gente quiere. ¡No soy una chica normal! Muy pronto se darán cuenta del error que han cometido, pero esta vez no me alcanzarán. Nunca me volverán a ver. ¡Me esconderé! ¡No sé qué haré, pero no volveré jamás! ¡No sé cuál es mi lugar, pero hay una cosa de la que estoy segura: éste no es!
Marta Martínez Cánovas	Un gato estaba en la montaña. Se murió. Si lo sé, no lo llevo tan alto.
Izan Tovar Fernández	<u>EL DESPERTAR</u> Me desperté pausadamente. Observé por la ventana empañada que el sol salía pálidamente y los primeros rayos de luz azotaban la fría mañana. Al ver esto me quedé paralizado. ¡Aquel señor me había

	engañado!
Pedro Buitrago Ortega	Jaime, un niño que paseaba por la ciudad, descubre un portal mágico. Entra y todo era blanco, como la nieve. Vio a una bruja. Lo hechizó y no pudo salir de allí.
María Muñoz Nicolás	En el alma de aquel hombre sólo se escuchaba la velocidad inesperada de la llamada de la muerte, esperando a la vuelta de la esquina.
Laura Martínez Mora	Cuando me levanté esa mañana, tuve una sensación extraña. Al llegar a la oficina, noté como si perdiera algo muy importante en mi vida. Unas horas después, me llamaron desde el hospital, para decirme que yo había salido del coma, que había vuelto a nacer.
María Juárez Manrique	Gustavo aún seguía sin oficio, hasta que decidió dedicarse a la caza. Una mañana de sol espléndido, salió con su escopeta en dirección al bosque. Al anochecer, volvió a casa cansado y triste, con algunas piezas colgadas de su pantalón.
Marco López Gil	Estaba amaneciendo y esa triste melodía seguía sonando.

Microrrelatos San Valentín

- Es el día de San Valentín. Alex está sentado en un banco y Lucía, de pie, a su lado.

-¿Por qué te quiero tanto?- le preguntaba Alex.

- Eso quisiera saber yo – respondía por lo bajo Lucía.

-Desde el momento en que te vi, no puedo dejar de pensar en ti.

-¡Ah, ya sé! Seguro que fue cosa de Cupido. – volvió a decir por lo bajo.

-Eres tan bonita y tan dulce...

-¿Alguien tendrá su dirección? Porque le voy a hacer comerse las flechas...- dijo Lucía mientras se estiraba la falda para sentarse.

- ¡Nooooo! ¡No te sientes ahí!

-¿Por qué?

- ¡No ves que has estado a punto de aplastar a mi piruleta!

Alex respiró hondo y tomó la piruleta entre sus manos:

- Dime, piruleta, ¿por qué te quiero tanto?

(Rosa María Campillo Carrión)

¡Bendito San Valentín!, donde los enamorados se demuestran su amor con esa típica rosa y esa caja roja de bombones. Ese catorce de febrero sigue siendo y será un gran día comercial de los más importantes del año.

(Rosana Espín Molina)

Era el catorce de febrero. Javier se asomó ala ventana. Desde allí veía despedirse el atardecer de aquel día. Alguien fue por detrás, me giré y la sierra se llevó los últimos destellos.

(Encarni Gomariz Pérez)

¡Ya había llegado el día que, desde hacía tiempo, no deseaba que llegara! Sabía, con total seguridad, que me derrumbaría, aunque intentara aparentar lo contrario. Desde aquel suceso, sólo encontraba fuerzas en las últimas palabras pronunciadas por él *"te quiero, pero, ahora, debes continuar sin mí. Yo te estaré esperando en la otra vida". Como siempre me decías, sé fuerte. Yo velaré por ti, desde donde quiera que esté*". Sí, aquello era muy fácil decirlo, pero él no tenía que soportar todo esto. Y aquí, finalmente, tenía la solución. Sería tan fácil saltar y acabar con todo... Pero, no sé por qué intentaba engañarme. Sabía perfectamente que no sería capaz. Amaba demasiado mi vida como para resolverlo así. Entonces lo tuve claro. Lo mejor era volver y superar el obstáculo, pero, entonces, sentí una mano sobre mi hombro y fue en ese momento cuando me volví.

(Montserrat González Carrera)

Llega el día y los escaparates se llenan de rojos corazones, deliciosas tartas y pasteles, olorosos perfumes, joyas muy bonitas... y, en las calles, parejas enamoradas pasean abrazadas como si el tiempo no pasara. En

cambio, a mí me toca quedarme en casa viendo la tele sola. ¡Otro año más sola!

(Marina González Perea)

Se abrió la puerta. La luz entraba por todos los rincones y, detrás de la luz, el cartero. ¡Una carta y un paquete! Este año no eran flores ni bombones. Sonaba algo metálico dentro de la caja, mientras cerraba la puerta. ¿Qué se encontraría al abrir el paquete?

(Saray Pallarés Lozano)

Era el día de San Valentín. Fue a comprarle un regalo para demostrarle lo mucho que la quería. Compró un ramo de flores para mostrarle todo su cariño. Cuando llegó a casa, estaba allí, sentada en la silla de la cocina.

-Te quiero- dijo.

-Yo también te quiero, hijo mío- contestó.

(María Ruiz Andrés)

Y cuando abrí aquel libro, la vi. Era la rosa seca, consumida por los años, que un catorce de febrero abrió mi corazón para después cerrarlo de un portazo.

(Leticia Ruiz Carrión)

Eran dos personas, chico y chica, sentados uno junto al otro. Cuando apareció lo que el chico sabía que pasaría, ella quería dar un paso muy grande: casarse. Él no se lo pensó dos veces y dijo que no. Ella, llorando, se fue y el chico demostró el poco amor y aprecio que le tenía pasando de ella.

(Manuel Sánchez Fresneda)

¿Sabéis que os digo? ¡Que no! ¡Que me parece una estupidez! Eso de San Valentín no es una buena idea. ¿Para qué hace falta un día de los enamorados? Cualquier día sin nombre expreso es bueno para el amor. Se lucha contra la discriminación y también deberíamos ir contra ésta. ¿Sabéis qué pienso? Que si todo el mundo estuviera enamorado, pues vale, pero para los que no lo están, en vez de felicidad, hallan tristeza. ¡Espero no seguir pensando esto por mucho tiempo!

(Andrea Verdú Cascales)

b) Cuento coral a treinta voces

LA HISTORIA DE PEPE (2ºG)

Un niño llamado Pepe estaba durmiendo y se despertó. Se dio cuenta de que estaba nevando, que estaba en Navidad, que hacía un año que su padre murió.

Se levantó corriendo y se dirigió hacia lo alto del armario. Allí se encontraba aquella caja que su padre, antes de morir, le había regalado y le había pedido que no abriera hasta la próxima Navidad. Al fin había llegado la hora de ver qué había dentro.

Cogió inmediatamente la caja entre sus manos. Desde que su padre la había mencionado, Pepe no había dejado de pensar en ella y no se creía que hubiera aguantado tanto tiempo. Al abrirla, descubrió un pequeño baúl de madera con adornos dorados. Lo cogió rápidamente, pero debido a su nerviosismo, se le resbaló de las manos cayendo al suelo y provocando un sonido tintineante. Cuando miró, vio una llave que había salido del pequeño baúl.

Levantó la tapa y encontró un viejo diario, que su padre había empezado a escribir el 25 de diciembre del 1995, es decir, el día en que Pepe nació. Empezó a leer y como por arte de magia se encontró en el hospital:

– ¡Es un niño, es un niño!

Increíble. ¡Estaba viendo su propio nacimiento!

– No puede ser, es imposible- se dijo a sí mismo.

De repente, volvió a la vida real, y volvió a leer las palabras de su padre en el diario: *“ese fue el día más importante de mi vida. A partir de ahora, Pepe es el centro de mi universo junto con mi mujer”.*

–Vamos, Iván, mete al niño a casa rápidamente. Está chispeando y se puede resfriar. ¡Es un bebé! – decía Ana, la madre de Pepe, a su marido.

Después de leer aquello, Pepe estaba muy sorprendido y un poco asustado. De repente, lo llamaron a comer. Mientras bajaba las escaleras, iba recor-

dando y memorizando todo lo que había visto. Al llegar a la mesa, Pepe y su madre empezaron a charlar sobre qué harían hoy, qué cenarían... Pero de pronto dio un vuelco la conversación:

– Lo has leído, ¿no? – preguntó Ana a Pepe.

– ¿El qué? No sé de qué me estás hablando.

– Vamos, Pepe, los dos sabemos lo que es: ¡la caja que dejó tu padre!

– Ahhhhh –intentó disimular –. Sí, lo he leído. Ya me enteré de lo que pasó en mi nacimiento...

– Él te quería muchísimo. Era capaz de hacer lo imposible para que tú estuvieras bien. Antes de morir, te quiso dejar su viejo diario. Así tú sabrías lo que él te quería.

Pepe, al oír aquello, empezó a llorar, pero pudo preguntarle a su madre:

– ¿Cómo puede ocurrir lo que sucede cuando lees en ese diario, mamá?

– Verás, Pepe – intentó explicarle su madre –. Este diario es muy viejo. Más viejo que tu abuelo. Perteneció a tu tatarabuelo. Él lo compró a un árabe que vendía reliquias. No podría precisar su antigüedad. Si estás dos años sin escribir o después de un tiempo tras la muerte de su propietario, se borra la información, y el que lo lee, mágicamente, es transportado al tiempo en el que sucedieron los hechos.

– Entonces, ¿podría yo escribir en él el año próximo?

– Sí, la verdad es que sí. Pero te aconsejo que lleves cuidado con lo que escribes.

– ¿Por qué?

– Es tarde y debo sacar la ropa de la secadora – dijo su madre excusándose –. ¡Otro día podrás hacer más preguntas!

Su madre cambió de tema y dijo rápidamente:

– Venga, cómete el sándwich, que se enfría.

Pepe no podía explicarse por qué su madre no quería hablar del libro.

– ¿Qué podría tener de malo un libro así? – se preguntaba.

Subió a su habitación, pero no podía dejar de pensar en aquello. En un momento de aburrimiento, volvió a la habitación donde había dejado el libro y se percató de que no estaba. ¡Había desaparecido! Pero, ¿quién se lo habría llevado?

Al instante, Pepe fue a revisar la caja donde venía desde el principio el diario. A lo mejor lo puso allí y se le olvidó, aunque eso era – y lo sabía- muy improbable, ya que lo había estado leyendo hasta hacía poco y él recordaba haberlo dejado encima de la cama. Pero, en fin, cogió la caja y la abrió, y como esperaba, allí no estaba. Pepe siguió rebuscando en la caja. No buscaba nada concreto, pero sentía que, si dejaba de hacerlo, fracasaría.

De repente, uno de sus dedos se hundió en el fondo de la caja de madera. Pero lo extraño era que el posible agujero no se apreciaba por fuera. Pepe retiró el dedo, levantando con él una lámina de madera, debajo de la cual había una brújula antigua, una lupa y lo que parecía ser un extraño mapa que estaba bastante desgastado y que debía ser antiquísimo. Lo miró y no le recordaba nada concreto.

– ¿Qué lugar representaría aquel mapa? – se preguntaba en silencio.

Pepe no tenía ni la más mínima idea de lo que era aquel mapa, pero había una cosa que tenía muy clara: iba a descubrirlo.

Se dirigió a la biblioteca y comenzó a rebuscar entre los mapas más antiguos. Después de haber visto media estantería, encontró uno exactamente igual al que había aparecido en la caja. ¡Era su ciudad en el año 1814!

Las pistas empezaban en la casa de Pepe y conducían a un parque a las afueras de la ciudad, concretamente a un viejo roble.

– ¿Qué puede importar un viejo roble? –se preguntaba Pepe-, hasta que vio aquella inscripción entre la primera y la segunda rama. “ساحرة شجرة هذا”. ¿Árabe?

Él no tenía ni idea de ese idioma, pero en su clase había una niña marroquí con la que nunca se había relacionado, pues todos pensaban que era un poco rarilla. En fin, no le quedaba otro remedio, tendría que pedirle ayuda.

Regresó a casa para comer. No comentó nada de aquel mapa ni tampoco de la misteriosa desaparición del diario, del que ya casi ni se acordaba. Aún con el último trozo de manzana en la boca, subió a su habitación, cogió el móvil y llamó a Munir.

– ¿Munir?

– Sí. ¿Quién es?

– Soy Pepe, de tu clase.

– Ah, Pepe. ¿Qué querías?

– ¿Tú sabes árabe?

– Sí. ¿Por qué lo preguntas?

Pepe le describió los signos de la mejor manera que supo y, al final, Munir le contestó:

– Esto significa, si te he entendido bien, *“Todo vuelve a donde procede. Del polvo vienes y en polvo te convertirás. De donde vino el diario, tú tendrás que averiguar. Y cuando el enigma resuelvas, allí lo deberás encontrar”*.

– Gracias, Munir. Te debo una.

Después de colgar el teléfono, Pepe recordó lo que le había dicho su madre: *“Tu tatarabuelo se lo compró a un árabe. ¡Claro! Pepe corrió hacia su casa para hacerle otro interrogatorio a su madre.*

– Mamá, necesito saber más información sobre el diario. Cuando me puse a buscarlo por la caja, encontré un mapa y una brújula. ¿Qué podrá significar todo esto?

Su madre no supo contestar, así que, tras unos minutos de silencio, Pepe decidió ir a tomar un poco el aire. Salió corriendo al jardín, se sentó debajo del roble y comenzó a darle vueltas y vueltas a la frase que Munir había descifrado, pero no acababa de comprenderla. De pronto, notó cómo algo rozó su pierna suavemente. Se incorporó y vio una llave que era muy grande y bastante vieja. Cuando se puso a cogerla, arrancó sin querer un trozo de hierba y vio que había una cerradura justo debajo de donde había caído la llave. La metió y encajaba. Dio dos vueltas y, de repente, apareció en un lugar muy oscuro. No veía nada. Pepe sintió miedo y deseaba poder salir de allí.

Súbitamente, apareció un hombre de barbas blancas y muy viejo que decía:

– Pepe, no creo que sepas quién soy. Yo soy tu tatarabuelo Amalio.

Pepe alucinaba. No podía creer lo que estaba viendo. ¡Era su tatarabuelo! Amalio siguió hablando:

– Ahora verás lo que significa *“todo vuelve a donde proviene”*.

Pepe, asustado, cerró los ojos y, cuando los abrió, se encontró en su cama. Se dio cuenta de que era Navidad y encontró encima de su mesilla el diario que su padre le había dejado.

● Lo abrió casi por el final y, de nuevo, hizo ese viaje en el tiempo.

– Pero, bisabuelo Amalio, yo no quiero ir allí – decía el padre de Pepe.

– Ya te lo he dicho. Lo siento. Ese fue mi pacto con el árabe. Ahora, sal de aquí, despídete de tu mujer y de tu hijo, y dale el diario. Si te hace caso y no lo abre hasta la Navidad que viene, podrá verme aquí, porque ya sabes vuelvo a casa por Navidad.

– No puedo hacerle esto a mi familia. ¿Qué pensarán cuando les diga que me voy de viaje de negocios y no vuelva?

– ¡Que te has muerto! – dijo Amalio con toda naturalidad –. ¡Vamos biznieto! Un año en el más allá tampoco es tanto, ¿no?

Pepe volvió a la vida real, y salió al jardín en busca de Amalio.

– ¿Amalio? Amalio, ¿estás ahí?

Nadie contestó. Pepe empezó a ponerse nervioso. Ya estaba dispuesto a salir, cuando vio, en el suelo, una montaña de polvo con una nota. *“Del polvo vienes y en polvo te convertirás. Tu tatarabuelo, Amalio.”*

De repente, Pepe, alucinado, vio como todo aquel polvo se iba uniendo. Sintió como un escalofrío le recorría todo el cuerpo. Aquello estaba empezando a tomar forma, iba pareciéndose a algo, o más bien a alguien.

-¡¡Papáaaa!!

● Rápidamente se le pasó por la cabeza que qué hacía ahí. Pensó que si *“todo vuelve a donde procede”*, su padre podía estar ahí y todo lo vivido, ser, únicamente, una mala pesadilla, aunque era poco probable, por lo que olvidó esa posibilidad. Bajó a tomar algo de comer y allí estaba él.

– ¿Quién? – os preguntaréis – era de nuevo ese hombre viejo de aquel ¿sueño?

Le dijo que si una cosa se deseaba de corazón, podía llegar a ser realidad.

– Pepe, ¿tú deseas volver a ver a tu padre?

– ¡Sí! ¡Sí! Es lo que más deseo. Pero no juegues con mis sentimientos. Mi papá está muerto y no volverá.

– Sólo tienes que desearlo con fuerzas...

De repente, desapareció. Se quedó pensando en las palabras de aquel viejo sabio, y pensó que podía ser verdad, por lo que empezó a desear con todas sus fuerzas lo que más ansiaba: ¡volver a ver a su padre!

Cuando abrió los ojos, estaba en el mismo sitio y sin ninguna novedad. Recordó que tenía hambre, por lo que se dirigió a la cocina y cogió algo para picar. Después, regresó al sofá para ver la televisión. Entró en la salita y alguien estaba viendo un partido de fútbol en el canal tres.

– ¡Papá, papá, no es un sueño. Estás aquí!

– Sí, hijo, estoy aquí. ¿Me has echado de menos?

● Todo era muy raro para él, pero comprendió lo que su abuelo dijo. No buscó más cosas, ya que aquella llave que encontró era la salida a todo lo del diario. Bajó a ver cómo estaba su madre y vio que tenía tos y le preguntó:

– ¿Qué te pasa, mamá?

– Nada, hijo, que tu tía me ha pegado el resfriado – dijo entre estornudos-. En una semana estoy bien.

Pepe se dio cuenta que había viajado en el tiempo, porque se vio en el espejo del recibidor y oyó:

– ¡Hola, familia!

Miró para atrás. ¡Era su padre! Nada le cuadraba, pero corrió hacia él y le dio un abrazo fortísimo.

– ¡Huy, Pepe, me estás partiendo por la mitad. Tienes mucha fuerza, cariño! – dijo su padre riendo.

– ¡Cuánto tiempo! ¡Te he echado tanto de menos! – le respondió susurrándole las palabras.

Su madre los miraba, sonriente, ya que ella sabía todo lo que estaba pasando.

– Pepe, lo has hecho muy bien – dijo Iván, mientras besaba a su hijo.

– ¿El qué? – intentó disimular.

– Pues, que gracias a ti estoy de nuevo aquí. Te quiero, hijo.

– Yo también, papá.

● Más tarde recordó lo que su tatarabuelo le había dicho: "*Todo vuelve a donde procede*" y todo volvió, porque, nada más recordar esas palabras, se escuchó la voz de su padre en la cocina y subió para

ver si Pepe había acabado de hacer los deberes. Pepe se preguntó una y otra vez:

– ¿Lo qué he vivido es un sueño? – se decía a sí mismo. Él creía que sí, pero todo lo que ha vivido... ¿de qué ha servido...? Y se contestó: ¡Para estar triste!

Cada día que iba pasando, a Pepe se le hacía más ameno estar con su padre y ya no preguntarse más si lo que había vivido era un sueño. Pepe, Ana e Iván estaban muy felices por estar los tres juntos y ser una familia muy unida. Ya no tres, sino cuatro, porque Pepe tuvo una hermanita, a la que le pusieron el nombre de Lucía. ¡Ya todo volvió a la normalidad!

● Al poner los pies en el suelo, vio pasar a su padre por el pasillo. Corrió tanto como pudo y, antes de tocarlo, volvió con su tatarabuelo.

– ¡Papá! – gritó el niño llorando – ¡No seas tan cruel conmigo! ¡No juegues con mis sentimientos!

– Sólo quería demostrarte lo importantes que son para todos los humanos sus seres queridos. Aunque, si quieres, puedo hacer que tu padre vuelva. Sólo si lo deseas de verdad – le dijo Amalio.

– ¡Síii!

– Está bien. Antes, toma esta piedra dorada para que te traiga buena suerte.

El niño la cogió.

– Ahora, cierra los ojos fuerte, muy fuerte.

Se despertó en su cuarto. ¡Todo había sido un sueño! Se asomó a la ventana y vio que estaba nevando, que era navidad. Después, escuchó un ruido y bajó a ver qué pasaba. Era su padre. Corrió a besarlo y abrazarlo. De pronto, algo se cayó de su bolsillo. ¡Era una piedra dorada!

● Pepe cogió el diario. Lo abrió y vio que estaba en blanco.

– ¿Qué había pasado? – se preguntó Pepe.

Seguramente como le había dicho su tatarabuelo, "todo volvía dónde proviene", y lo que había en el diario se había borrado, porque el destino, habría querido que su secreto, o el misterio de las personas que lo utilizan, no fuera descubierto nunca.

Amalio conocería a su primer dueño y lo más posible es que lo que le había dicho a Pepe, se lo hubiera dicho a su padre, cuando su abuelo murió.

● Se levantó de la cama y buscó a su padre, que estaba en el comedor viendo la tele:

– Papá, ¿sabes lo que he soñado? – preguntó Pepe.

– No. Dímelo – respondió su padre.

– He soñado que estaba en navidad y hacía un año que tú habías muerto y me habías guardado el diario en una caja. Después, fui a un parque donde había una inscripción en árabe y hablaba con el tatarabuelo Amalio.

– ¡Menudo sueño!

Pepe se puso a ver la televisión hasta que se fueron a comer.

● Bajó rápido al salón. Estaba nevando. Su madre seguía en la cocina, preparando el desayuno.

– ¿Qué ha pasado?

– Nada. ¿Por qué habría de pasar algo?

– Mamá, pero...

– ¡Ya estoy en casa!

Alguien había interrumpido a Pepe. Miró hacia la puerta de la casa y vio que era su padre.

– ¡Papá! – exclamó Pepe.

Echó a correr hacia él y lo abrazó.

Su padre subió a acostarse un rato. Se había levantado muy temprano, porque tuvo que arreglar unos asuntos del trabajo. Pepe, incrédulo, le dijo a su madre:

– Mamá, ¿qué es todo esto?

– Pepe, todo vuelve a donde procede – le contestó.

Pepe sonrió. Subió corriendo a la habitación de su padre. ¡Quiso disfrutar del tiempo perdido desde el primer momento!

● Como por arte de magia, había vuelto a su habitación, sin señales de Amalio, su tatarabuelo.

Corrió a la cocina para preguntarle a su madre que día era:

– Mamá, mamá, ¿qué día es hoy?

– Pues hijo, hoy es veinticinco de diciembre.

– Pero, ¿de qué año?

– Del año...

Antes de que contestara, apareció por la puerta su padre.

– Papá, ¿qué haces aquí?

– Lo mismo que todos los días, aunque hoy no voy a la imprenta a trabajar. ¿Desayunamos?

Pepe se dio cuenta de que era justo el día en que su padre murió. Es decir, que gracias al diario, había regresado al pasado y ahora tenía la oportunidad de hacer que su padre no llevara a cabo algo que le ocasionara el accidente. Lo intentó, pero no pudo evitar que su padre se saliera. Sin embargo, por la noche, cuando regresó con las compras de última hora, cenaron y celebraron con mucha alegría este día tan especial.

● Pepe se levantó de un salto. Lo había hecho tan rápido que la cabeza le daba vueltas. Estuvo unos minutos contemplando el diario, cuando su madre apareció tras la puerta.

– No lo entiendes, ¿verdad? – dijo con voz serena.

– ¿Entender, qué? Ahora estoy más confuso que nunca.

Su madre se acercó y le dijo:

– El diario ha vuelto a su lugar de procedencia. Esta casa es “su lugar de procedencia”.

– No entiendo nada – dijo Pepe muy confuso.

– Verás, este diario fue creado un día de navidad, hace doscientos años. Lo fabricó un esclavo de la familia, un pariente de Munir.

Pepe no sabía qué decir.

– La familia de Munir tiene poderes especiales. El hechizo decía que cuando alguien escribe en el diario, el que lo descubre, es decir, quién descubre para qué sirve el diario, puede volver al lugar de procedencia y al día en que fue creado. Eso sí, no necesariamente al mismo año.

– ¿Qué quieres decir? ¿Esto significa que puedo volver a aquel veinticinco de diciembre y que mi madre vuelva a estar conmigo?

● Pepe, muy extrañado de verse así, decidió bajar a ver a su madre. Cuando lo hizo, ésta no estaba, así que decidió subir a leer el diario, pero todo era muy diferente: sus cosas, su ropa... ¡Todo su cuarto estaba cambiado! De repente, se oyó a coro:

– ¿Pepe? ¿Estás durmiendo?

Pepe asomó su cabeza por entre los barrotes de la escalera y dijo:

– Sí, mamá. Me he duchado y todo.

– Y a mí qué, hijo, ¿a mí no me dices nada?

Pepe se quedó sin habla, aunque acertó a decir:

– Pa...pa... ¡papá! ¿Eres tú? ¡Cómo te había echado de menos!

– Todo vuelve a donde procede, hijo, todo – le respondió su padre sonriendo.

● Al bajar al comedor, vio que allí estaba su madre, pero no estaba sola; estaba con otra persona. Al mirar un poco más de cerca a esa persona, vio que era igual que él. Al ver aquella escena recordó lo que había pasado en aquella extraña sala con su tatarabuelo Amalio. Pepe descubrió que había vuelto en el tiempo, pero que en vez de estar su madre y él solos, estaba también ese extraño niño.

– Pepe, no nos das los buenos días a tu hermano José y a mí – dijo su madre.

Al escuchar aquellas palabras, Pepe se quedó de piedra en medio del salón.

– ¿Cómo que mi hermano? Yo no tengo ningún hermano – dijo Pepe enfadado.

– Pero, Pepe, tío, ¿qué te ha picado? – dijo su hermano.

Justo cuando Pepe iba a responder, vino su padre y dijo:

– Cariño, ya estoy en casa.

– Papá, papá, ¡estás vivo!, pero, ¿cómo? – dijo Pepe.

– Hijo, ¿qué te ha picado? Yo estoy vivo desde siempre, ya lo sabes – dijo su padre.

– Déjalo cariño, hoy está muy raro – dijo su madre.

● Pepe no sabía qué hacer. ¡No podía moverse! De repente, su madre le dijo:

– ¡Pepe, a desayunar!

En ese momento, Pepe saltó de la cama y, cuando salía por la puerta, dio marcha atrás y abrió el diario. En él encontró una carta que su padre había escrito, en la que le contaba lo feliz que había sido desde que éste nació y lo mucho que lo quería, al igual que a su esposa. Le explicaba también que a cada uno se le acaba la vida en un momento determinado pero que los demás deben seguir aunque eso ocurra. Entonces apareció su madre. Y Pepe comenzó a hacerle preguntas:

– Mamá, ¿qué ha ocurrido? Yo estaba en aquel lugar tan oscuro con ese señor y, de repente, me he despertado aquí, con el diario en la mesilla, y con una carta que nunca antes había visto en su interior.

– Pepe, has tenido una pesadilla. Anoche era muy tarde y te encontré durmiendo encima del diario. No sé si lo terminarías de leer... Entonces te lo quité y lo coloqué encima de la mesilla. No ocurrió nada más.

– Pero...aquel hombre, el mapa, el roble,...

– ¡Pepe, sólo ha sido una pesadilla!

Entonces, Pepe y su madre se dirigieron hacia la cocina a desayunar y, a partir de ese momento, ninguno de los dos volvió a mencionar nada sobre ese tema.

● Oyó ruidos que provenían del piso de abajo. Lentamente bajó las escaleras y cuando llegó al salón vio a su madre, pero... ¿estaba hablando sola? En ese momento un hombre salió de detrás del árbol de Navidad ¡Era su padre!

Pepe corrió hacia él y lo abrazó. Cuando Pepe se calmó y miró alrededor se dio cuenta que eso ya lo había vivido ¡Era la navidad anterior! Por eso estaba con su padre, pero ¿qué hacía el diario allí?

Subió a su habitación y allí se encontró con su tatarabuelo que le dijo:

– Estás en el pasado, justo la navidad en la que tu padre te dejó el diario. El diario está aquí para que recuerdes lo mucho que él te quería. Ahora que estás

en el pasado puedes cambiar el futuro, pero ten cuidado, un error podría causar grandes males en el futuro.

Al terminar de decir esto, su tatarabuelo desapareció.

– Voy a comprar más adornos navideños – oyó que decía su padre.

Inmediatamente Pepe recordó que su padre no volvería de ese viaje y tenía que evitar que eso pasara.

● A Pepe le empezó a temblar la barbilla; después, las manos y, finalmente, todo el cuerpo. Sabía que no había sido un sueño, porque el diario había estado en una caja desde que su padre lo dejó y...Se oyó la puerta. Entró su padre y le dijo:

– Buenos días, cariño. Anoche me dejé aquí el diario. Sigue durmiendo. ¡Siento haberte despertado!

Pepe se quedó helado. ¡Su padre estaba vivo!

Pero en vez de levantarse corriendo, se quedó en la cama y empezó a pensar en lo que había pasado. Todo había empezado por el diario de su padre. Cuando él le preguntó a su madre sobre ese diario, ella le dijo que sólo podía vivir lo que hay escrito, porque su padre lo quería mucho. “Todo vuelve donde procede”. El diario procedía de su tatarabuelo y pasó de generación en generación hasta su padre. La única forma de que, finalmente, estuviera con su padre, sería si él viviera. Pepe deseó tener ahí a su tatarabuelo, para abrazarlo. ¡Fue el momento más feliz de su vida!

historia presentará catorce posibles finales – esa es la elección que yo he hecho –. Resulta curioso que todos ellos, salvo uno, serán “finales felices”, – recurriendo al “sueño” en muchos de ellos para buscar una “solución creíble” –, lo que indica sus preferencias sobre cómo quieren que acaben las historias que leen/escriben.

Para presentar con claridad esos distintos finales, recurriré a colocar un punto negro de cierto grosor que indique, precisamente, el comienzo de otra versión. En cualquier caso, toda la historia la hemos transcrito – en su original – con una tipología de letra y tamaño diferentes, así como con unos nuevos márgenes y paginación, para manifestar de forma clara y evidente el resultado final de nuestra experiencia en cada uno de los cursos. También hay una cierta intención de pretender aquello que conseguían, - en otra “estadía lectora”, en la del inicio del propio proceso lector, cuando todavía no se reconocen los grafemas - los “álbumes”, los cuentos ilustrados, donde las imágenes colaboran con las palabras para crear la historia. Aquí no es el código propio de la imagen, pero confiamos que nuestra intención para reproducir nuestro cuento en el original, sirva también para contar y atrapar al lector.⁵

ANTONIO ALBERTUS MORALES

I.E.S. Poeta Julián Andúgar (Santomera)

* Como se observa, esta historia no tiene un único final. Creí conveniente no elegir uno exclusivamente, sino que fuera el lector quien optara por alguno de ellos.

Hemos confeccionado esta historia final y la hemos escrito de forma continua, uniendo los puzzles que durante sucesivos meses de trabajo los alumnos han creado. Tal y como dije arriba, la

⁵ Vid. “Ver y leer: historia a través de dos códigos”, en *Siete llaves para valorar las historias infantiles*, obra dirigida por Teresa Colomer. Fundación Germán Sánchez Ruipérez. Madrid, 2002.